

El propósito de la segunda parte del libro, en la que el autor expone su pensamiento es, lo dice él mismo, el de contribuir a la articulación entre sociología general e investigación científica y esta unión no puede ser efectiva sino fundándose en la dialéctica, "más precisamente, en la dialéctica empírico-realista". Quedaría así facilitada la colaboración entre todas las ramas de la "ciencia del hombre", presididas por la sociología y la ciencia de la historia. Y nosotros querríamos leer—termina el autor—en la fachada de la *Maison des Sciences de l'Homme* esta divisa: "*Nul n'entre ici, s'il n'est dialecticien*" (pág. 9).

EMILIO SERRANO VILLAFAÑE

HARTUNG (Henri): *Unité de l'Homme*. Collection Sciences et Techniques Humaines, 3. París, 1963, 219 págs.

Que el tema del hombre es el tema por antonomasia de la Filosofía y de la Historia, es afirmación que constituye un lugar común entre los autores. Desde que Sócrates descubriera la realidad del hombre y Protagoras le convirtiera en la "medida de todas las cosas", hasta el personalismo y el humanismo de nuestros días, el hombre, en un sentido u otro, ocupa el lugar preferente en las especulaciones filosóficas de todos los tiempos. Pero no deja de ser extraño que los autores que se preocupan de este repetido tema crean encontrar al menos algún método nuevo en su tratamiento.

El hombre moderno que vive empujado por la técnica, aprovechándose de ella y dominándola, no se pregunta—dice el autor—si está "por" o "contra" la técnica. Ni se pregunta si debe o no beneficiarse de sus aplicaciones utilitarias. El usa y abusa de la técnica. Y el peligro no reside en la extensión del progreso, sino más bien "en la opacidad espiritual que de ello resulta"; en el precio pagado por el hombre del siglo XX a cambio de este nuevo bienestar. Ante él, ¿debe el hombre conservar o aumentar estas ventajas y sacrificar su vida espiritual? Si el problema se presentase en esta síntesis o dilema en que lo hace el autor, no cabe duda que optar por lo primero sería una "degradación", una amputación de lo principal, "una confusión entre el fin y el medio". Las inquietudes modernas para unos consisten en saber si los adelantos de la civilización actual son tales. Millones de hombres se hacen con angustia la misma pregunta. Y "la amenaza atómica, cuya realidad forma parte integrante de la civilización, les da una respuesta elocuente". Interrogantes, angustiosos se presentan los científicos y los técnicos, los médicos y los biólogos, los sabios y los hombres de negocios.

El punto de vista del autor a lo largo de este libro, es el de un hombre profundamente persuadido de que nos encontramos ante una crisis del espíritu; que por triunfar de un modo rotundo de la materia, nuestros contemporáneos han tenido que renunciar a la vocación esencial del hombre de conocerse a sí mismo y de realizarse, y a traicionar el pensamiento en beneficio de la acción. El hombre moderno rompe

cada día con la única cosa necesaria, la realidad de su vida espiritual, comprometiendo así gravemente la armonía de todo su ser.

El propósito de H. Hartung—y a esto responde el título del libro— es mostrar que no hay condición humana verdadera sin unidad, es decir, sin una constitución cotidiana del hombre por el hombre. “Trabajo difícil, hecho de lucidez y de coraje, de fuerza y de humildad” si no queremos descuidar ningún elemento, a fin de no ir a parar a este personaje “truncado” que nos ofrece cada día el mundo moderno. Pero he aquí—insiste el autor—que el camino que conduce a la dicha interior y a la paz del alma parece inútil a nuestros contemporáneos, atentos únicamente a los triunfos de la técnica o a las promesas de tal o cual ideología. Porque la civilización técnica “compromete” más que “protege” la persona humana y es la que procura al hombre numerosos motivos de disociación, siendo así que el hombre “es unidad”. Y quien dice unidad dice unión, asociación de partes diversas que no forman sino una única totalidad. Es la armonía platónica mantenida en el hombre por la virtud. Unidad de los tres aspectos del hombre: aspecto corporal, —sobrestimado por el mundo moderno—, el aspecto psíquico —que no ha de confundirse con lo corporal o lo espiritual—, y el aspecto espiritual que es el lazo que le une a lo que le trasciende. Y si el hombre es unidad constituida por estos tres elementos, es por la integración de todos ellos como deberá obrar para alcanzar la armonía interior. Esta es “la dialéctica del ser”, que necesita de una jerarquía de valores que el hombre debe realizar como medios para el fin de la persona humana.

Examina seguidamente el autor las necesidades del cuerpo, las exigencias de lo psíquico y las aspiraciones del espíritu. Importa que el hombre, apartándose un momento del mundo que le rodea, entable un diálogo consigo mismo, se interrogue sobre sus necesidades, sus exigencias y sus aspiraciones, les fije un límite y les asigne un dominio. Entonces podrá emprender la acción cotidiana sin temor a la disolución que le acecha, y sin renunciar a la unidad de su ser.

Pero la unidad de la persona no es el resultado de un equilibrio perfecto entre los diversos valores que ponen en marcha el comportamiento humano. Hay un sistema de prioridad y de preferencia que permite distinguir tipos de hombres diferentes según el valor preeminente. La noción de jerarquía se encuentra ligada a la de valor, esta última determina, a su vez, una verdadera tipología existencial según el hombre prefiera un valor más que otro. El autor desarrolla en la tercera parte del libro la clasificación y distinción de tres grandes órdenes. A las necesidades corresponde el valor económico; a las exigencias corresponde el valor social; y a las aspiraciones corresponde el valor espiritual. Lo económico, lo social y lo espiritual forman el contenido de otros tantos capítulos—los últimos—de la obra de Henri Hartung, presidente, fundador del Instituto de Ciencias y Técnicas Humanas y Director de la colección que publica el libro.

EMILIO SERRANO VILLAFANE